

EN EL ÚLTIMO DÍA DE 2012.

RAZONES PARA DAR GRACIAS Y PEDIR LA LUZ DE DIOS.

Reflexión en la vigilia de oración.
Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción.
Jala, Nayarit, México.
31 de diciembre de 2012.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

...

Todos los seres humanos estamos condicionados por el paso del tiempo. El tiempo es un ambiente del que no podemos aislarnos y por eso a veces lo consideramos un peso. En realidad el tiempo es una *oportunidad* para que nuestra vida no pase sin que tenga un sentido. Para quienes profesamos la fe cristiana este sentido se encuentra en el impulso que hemos recibido a partir de nuestro bautismo.

Al terminar un año—en este caso el de 2012—conviene encontrar razones para dar gracias a Dios y para pedirle luz para que los días transcurridos nos sirvan de lección y aliento para continuar en la ruta que de manera silenciosa pero real nos ha trazado la Providencia. Cada uno en su interior tiene sin duda razones para la acción de gracias y de alguna manera hoy las presentará o habrá presentado en este ambiente en el que la presencia divina se hace viva en el Santísimo Sacramento. No obstante, en esta noche abriré las puertas a una mirada sobre el mundo entero, sobre la Iglesia universal presidida por el sucesor del apóstol San Pedro, sobre nuestra nación mexicana, la diócesis de Tepic y nuestra comunidad parroquial insertada en este lugar de la geografía física y humana llamado Jala.

Nuestra pertenencia a la Iglesia fundada por Jesucristo hace que a pesar de que nuestra vida de todos los días tenga lugar en un lugar pequeño, formemos parte de un gran pueblo, el pueblo que Dios comenzó a formar desde los días antiguos de Israel y que con el nacimiento de Jesús en el portal de Belén se amplió hasta adquirir dimensiones universales. Es esta pertenencia la que nos obliga a poner en la canasta de nuestra memoria agradecida, de nuestras ofrendas y de nuestra oración, acontecimientos que pueden parecer lejanos junto con otros cercanos, todos ellos dignos de una reflexión portadora de salud espiritual.

Un agradecimiento de especial profundidad hemos de expresar por la vida y las enseñanzas de Su Santidad Benedicto XVI. Él ha sido un ejemplo de lucidez intelectual y de vigor pastoral a una edad en que muchos descansan o no tienen fuerzas para compartir lo que viven. El estilo de su enseñanza tiene los rasgos distintivos de la transmisión de un mensaje interiorizado y asimilado y va unido a la gran madurez de su persona; es parecido al de los Padres de la Iglesia, pastores que acompañaron los primeros siglos de la comunidad cristiana, dialogaron con el pensamiento de su época y sirvieron al pueblo de Dios con su presencia, la solidez de su palabra y el sacrificio de sus planes propios a favor de sus responsabilidades pastorales; el ejercicio de ese ministerio no fue bien visto a los ojos mundanos. La amplitud de la cultura de Benedicto, que desborda el ámbito de lo religioso le da un puesto singular en un mundo que no quiere hacer el esfuerzo de pensar o que pone en los resultados provisionales de las ciencias especializadas o en las opiniones siempre limitadas de las ideologías el límite de la vocación humana.

En 2012 Su Santidad propagó su enseñanza en sus homilías, discursos y exhortaciones con distintas ocasiones y ante distintos grupos de personas. Fue de especial importancia su convocatoria a un “Año de la fe” en el que todos los católicos hemos sido invitados a pasar por una “[...] puerta...siempre abierta [cuyo] umbral se cruza...cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma.”¹ Esta invitación habrá de tener respuesta en cada uno, en las familias y en las comunidades de la Iglesia, pues la profesión de la fe no consiste solamente en recitar monótonamente el credo los domingos sino llenar de contenido cada uno de sus artículos inspirando decisiones y rutas.

Igualmente, el Santo Padre nos hizo el regalo de su tercer libro sobre Jesús de Nazaret dedicado a “la infancia de Jesús”. Mediante un trabajo serio y delicado repasó en él los episodios que los evangelistas Mateo y Lucas narran sobre esa etapa más luminosa que oscura y que no repiten de mitos o creencias ajenas a la sabiduría de Israel sino refieren elementos integrantes de la historia de nuestra salvación. A la natural ternura que inspiran esos escenarios evangélicos –el niño en el pesebre, los pastores, los magos de Oriente, la huida a Egipto--unió la seguridad del mensaje de fondo. Afirmó, por ejemplo, que el

¹ Carta apostólica *Porta fidei*, 11 de octubre de 2012. (A cincuenta años del inicio del Concilio Vaticano II).

dogma de la encarnación en María del Verbo de Dios apunta a una acción divina del rango de la resurrección de Jesucristo del sepulcro.

Su Santidad estuvo pendiente también del pulso del mundo no al modo de los noticieros que sólo se fijan en desastres y calamidades, sino penetrando en las entrañas de la historia del tiempo presente, donde la huella de Dios, sus “llamadas de atención” no pueden ignorarse.

De esa manera, por ejemplo, a propósito de la muy comentada pero poco reflexionada crisis económica mundial, escribió un artículo en el periódico especializado en finanzas, “Financial Times” de Londres el día 20 de diciembre. En esas líneas, bajo la luz de la Navidad, invitó sobre todo a los cristianos a involucrarse con las grandes necesidades del mundo: “[...] El nacimiento de Cristo nos desafía para reorganizar nuestras prioridades, nuestros valores, el auténtico trazo de nuestra vida. La Navidad es desde luego un tiempo de gran alegría pero a la vez es ocasión de reflexión profunda, hasta de un examen de conciencia. Al finalizar un año que ha significado dificultades económicas para muchos, ¿qué es lo que podemos aprender de la humildad, la pobreza y la sobriedad de la escena del pesebre?”²

Con ocasión del saludo navideño de sus colaboradores más cercanos, el Papa hizo un balance de algunos temas fundamentales para la vida del mundo y de la Iglesia en estos tiempos: la familia, de cuya estabilidad depende el papel feliz de cada uno en medio de los vaivenes del mundo y el mismo futuro de la humanidad y el diálogo en todos los foros que presenta la vida en sociedad por parte de los miembros de la Iglesia: “[...] el diálogo con los Estados, el diálogo con la sociedad—incluyendo en él el diálogo con las culturas y la ciencia—y el diálogo con las religiones. En todos estos diálogos, la Iglesia habla desde la luz que le ofrece la fe. Pero encarna al mismo tiempo la memoria de la humanidad, que desde los comienzos y en el transcurso de los tiempos es memoria de las experiencias y sufrimientos de la humanidad...La Iglesia representa la memoria de ser hombres ante una cultura del olvido, que ya sólo se conoce a sí misma y su propio criterio de medida. Pero así como una persona sin memoria ha perdido su propia identidad, también una humanidad sin memoria perdería su identidad...la Iglesia no tiene ciertamente soluciones ya hechas para cada uno de los problemas...[pero] lo que ella ha reconocido como valores fundamentales, constitutivos y no negociables de la existencia humana, lo debe defender con la máxima claridad. Ha de hacer todo lo posible para crear una convicción que se pueda concretar después en acción política.

² *A time for Christians to engage with the world*, Financial Times, 20 december 2012.

“En la situación actual de la humanidad, el diálogo de las religiones es una condición necesaria para la paz del mundo y, por tanto, es un deber para los cristianos y también para las otras comunidades religiosas.”³

Y en esa misma ocasión recordó el deber de los cristianos de anunciar el Evangelio con valentía y seguridad y a la vez con la humildad que da la Verdad, a la que no poseemos sino que ella nos posee: “[...] Cristo, que es la Verdad, nos ha tomado de la mano, y sabemos que nos tiene firmemente de su mano en el camino de nuestra búsqueda apasionada del conocimiento. El estar interiormente sostenidos por la mano de Cristo nos hace libres y, al mismo tiempo, seguros. Libres, porque si estamos sostenidos por Él, podemos entrar en cualquier diálogo abiertamente y sin miedo. Seguros, porque Él no nos abandona, a no ser que nosotros mismos nos separemos de Él. Unidos a Él estamos en la luz de la verdad.”⁴

Nuestra acción de gracias por esas enseñanzas que son faro para dinamizar nuestra vida cristiana ha de formar parte de lo que sentimos haber recibido como regalos de Dios providente en este año. El Papa es un don del Espíritu Santo para la Iglesia y constituye una de las diferencias fundamentales entre la comunidad católica y las comunidades separadas o los movimientos sincréticos o paracristianos que han hecho de la Biblia y más de su letra que de su espíritu la única referencia, han suplantado los sacramentos por movimientos de emoción pasajera y el ministerio sacerdotal que comenzó en los apóstoles por “carismas” dudosos e interesados.

Del amplio panorama mundial conviene llegar a nuestra querida Patria, México.

En el año que termina no faltaron los acontecimientos dignos de acción de gracias y de reflexión:

Primeramente, del 23 al 26 de marzo tuvimos la dicha de la visita pastoral del Papa Benedicto XVI que si bien se concentró en Guanajuato fue una visita para todos los mexicanos. Se trató de un intercambio de palabras pero sobre todo de miradas y silencios reflexivos, de aliento y de confirmación en la fe que, heredada de los siglos, tiene que entrar vigorosa en el siglo XXI. Su Santidad haciendo memoria de los días en México los sintetizó así: “[...] Han sido encuentros inolvidables, con la fuerza de la fe profundamente arraigada en los corazones y con la alegría por la vida que surge de la fe. Recuerdo que, tras llegar a México, se agolpaban al borde del largo trecho que se debía recorrer

³ Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones de Navidad, 21 de diciembre de 2012.

⁴ Id.

interminables filas de personas que saludaban agitando pañuelos y banderas. Recuerdo cómo, durante el trayecto hacia Guanajuato, la pintoresca capital del homónimo estado, había jóvenes a los lados de la carretera devotamente arrodillados para recibir la bendición del Sucesor de Pedro. Recuerdo cómo la gran liturgia en las cercanías de la estatua de Cristo Rey se convirtió en un acto que hacía presente la realeza de Cristo, su paz, su justicia, su verdad. Todo esto en el contexto de los problemas de un país que sufre múltiples formas de violencia y las dificultades de dependencias económicas. Ciertamente estos problemas no se pueden resolver simplemente mediante la religiosidad, pero menos aún se solucionarán sin esa purificación interior del corazón que proviene de la fuerza de la fe, del encuentro con Jesucristo.”⁵

No podemos decir que se ha superado la violencia que hemos lamentado, sobre todo porque no obedece, por ejemplo, a una lucha contra las injusticias o la pobreza sino que, por el contrario, recrudece esas realidades negativas. Su carácter irracional hace difícil encontrar la manera de salir adelante, pues aunque sabemos que no es con negociaciones oscuras, con la continuidad de la economía subterránea ni con más violencia como se ha de superar, no hemos encontrado el camino del remedio, pues éste no es fácil: la paz es un don que se agradece pero es también una construcción hecha de múltiples elementos: buen gobierno, el necesario destierro de la corrupción, la justa distribución de los bienes, una educación que permita la realización de las personas y la aplicación de la ciencia y la cultura en proyectos valiosos, fuentes de trabajo digno y sobriedad en el estilo de vida. Los cristianos podemos y debemos en esta búsqueda encontrar en la austeridad digna el remedio al consumismo y a la cultura del desecho y sobre todo tomar la vía de la “purificación interior del corazón”.

Este año también tuvieron lugar las elecciones federales y se eligió un nuevo Congreso y un nuevo Presidente de la República.

Los métodos de publicidad, las encuestas y las presiones y dádivas a los ciudadanos sobre todo organizados no fueron ni los mejores ni los más limpios como los pide una auténtica democracia. No obstante, una vez conocidos los resultados y reconocida la legitimidad del gobierno, corresponde colaborar con lo mejor de nuestros valores sin dejar de tener una mirada crítica y la exigencia de la responsabilidad que trae consigo el ejercicio de la autoridad. Concretamente, no podemos dejar de ver como señales positivas estos rasgos del discurso de toma de posesión del presidente Peña Nieto: la unificación en un Código penal y de procedimientos penales nacional para evitar las

⁵ Id.

diferencias y vacíos legales de los códigos de los estados; la reforma educativa que, en búsqueda de elevar el grado de educación de los mexicanos llevará consigo el servicio profesional de la carrera docente; la mayor competencia económica en materia de comunicaciones que supere los casi monopolios y la baja calidad de los contenidos que se transmiten y la propuesta de una Ley Nacional de Responsabilidad Hacendaria y Deuda Pública que ponga orden en el endeudamiento de los gobiernos locales, asunto que de manera grave afecta la solvencia de los gobiernos y la vida cotidiana de los mexicanos y especialmente de los nayaritas.

Es muy importante que los ciudadanos no dejemos de lado la observación del comportamiento de las autoridades que no han sido elegidas para servirse de los bienes públicos sino para servir al bien público, pues la experiencia nos ha hecho dubitantes sobre la transformación de los discursos en hechos. Para quienes profesamos la fe cristiana, además, ese servicio ha de ser objeto de la reflexión desde la fe y de la oración, como lo aprendimos de las generaciones antiguas que no dejaron de pedir a Dios: “de la nación mexicana unión y feliz gobierno.”

Para la diócesis de Tepic, 2012 trajo a su nuevo obispo, Monseñor Luis Artemio Flores Calzada, quien tomó posesión el 18 de mayo. Él es el octavo desde la fundación del obispado en 1891 y motivo de agradecimiento. Fue recibido con cordialidad por todos y especialmente por un presbiterio que ha sido tradicionalmente apegado a los lineamientos episcopales y de la Iglesia universal. De su sensibilidad y de las huellas de su presencia y palabra esperamos el avance en un plan pastoral que haga de nuestra diócesis una “Iglesia viva” al servicio de esta porción del pueblo de Dios que el obispo y sus colaboradores han de apacentar por medio del Evangelio y la Eucaristía para bien del mundo. El dinamismo que se imprima a la espiritualidad, al conocimiento de las personas a las que se ha de servir y al trabajo consciente de todos será motivo de continua acción de gracias en línea de futuro.

Esta parroquia de Nuestra Señora de la Asunción ha vivido este año alimentada por la palabra de Dios y los sacramentos; ha alentado a continuar con fidelidad su adhesión a Jesucristo, su devoción a la Virgen María y vitalizar ese especial imán para la salud quebrantada y a veces puesta en sus límites que es la devoción a los santos médicos mártires Cosme y Damián. Ha intentado también purificar algunas acciones que, en

ocasiones bajo el velo de “tradiciones”, esconden realidades negativas que no pueden pertenecer a una auténtica tradición católica.

Por ello, son ocasión de agradecimiento, por ejemplo, la implantación de la catequesis escolarizada, que ha sido muy bien recibida y que habrá de ser cada día mejor implementada. No podemos pensar en cristianos capaces de afrontar los retos de nuestro tiempo con sólo un barniz superficial de conocimiento de Dios, de Cristo y de su Iglesia. Hace falta amar lo que se cree y ponerlo en práctica en todos los lugares en los que nos corresponda vivir y para ello no bastan unas pocas semanas de instrucción antes de la primera comunión. Los sacramentos de la iniciación cristiana –bautismo, confirmación y eucaristía—han de acompañar las etapas naturales de crecimiento en sus dimensiones biológica, psicológica, cultural y espiritual de los cristianos niños, adolescentes y jóvenes. San Agustín es en este punto maestro insigne. Él dijo en relación con el efecto de la palabra impregnada de fe en el sujeto de la catequesis: “que oyendo crea, creyendo espere y esperando ame.”⁶ Mucho bien nos hará meditar esas palabras.

El ambiente exterior de la comunidad de Jala ha presentado también algunos signos que merecen dar gracias:

En primer lugar, el avance en la restauración de la basílica y de la capilla de la Inmaculada, conocida como “iglesia viejita.” Falta mucho por hacer y los obstáculos que se han tenido que superar han sido más grandes de lo que se esperaba y merecíamos y han requerido un desgaste excesivo de esfuerzos humanos. Hace poco, el 11 de diciembre, se cumplieron cien años de la consagración del templo parroquial, entonces nuevo. Fue esa conmemoración ocasión de reflexionar sobre el compromiso que el futuro nos carga precisamente por el peso del pasado. No puede quedarse en esta etapa el trabajo iniciado. No debemos cejar en la tarea de que ese singular patrimonio de fe y de cultura, testimonio de la grandeza de ánimo y de altura de valores de nuestros antepasados siga dignificándose. Darle dignidad al legado recibido es contribuir a la dignidad de las personas que siguen beneficiándose de él.

En segundo, la inclusión de Jala dentro del programa nacional de “pueblos mágicos.”

Si bien no conocemos exactamente las dimensiones de este programa en su aplicación local, podemos vislumbrar muchos bienes que dependen sobre todo de nuestra responsabilidad, pues no se trata simplemente de un derrame económico extraordinario sino sobre todo de la formación de la conciencia solidaria de poseer en común un patrimonio que merece no sólo ser protegido sino fomentado y presentado como ejemplo.

⁶ *De catechizandis rudibus.*

Es fundamental concebir este hecho como una oportunidad de mejoramiento del compromiso comunitario y ciudadano, bastante precario entre nosotros y no como un privilegio para el gobierno del estado o del municipio. Por ello somos los habitantes del lugar quienes tenemos que darnos cuenta de lo que implica esta situación novedosa y cuidar que la reglamentación sobre ambulante, anuncios y sobre todo el orden público en lo referente al consumo de alcohol, drogas y contaminación por ruido y elementos visuales distorsionantes se haga con seriedad y se cumpla de manera estricta.

Este año, gracias a la buena voluntad de un grupo interesado de ciudadanos y la cooperación del Cabildo Municipal, se evitó el escándalo que se había venido haciendo en años anteriores durante el Viernes Santo incluso a la hora del ejercicio del “Via Crucis” por las calles, tradición auténtica que se manchaba con esa falta de respeto. Para 2013 no tengo duda de que no únicamente se respetará la solemnidad de ese acto sino que se mejorará el ambiente de esos días.

Todavía, sin embargo, existen tareas pendientes para las que pedimos luz:

Uno de los puntos que se han señalado como atractivos para el lugar es la “Judea”. He observado con cariño pero también con sentido crítico esa celebración. Es larga y repetitiva; si se quiere atraer otro tipo de público, de mentalidad más moderna, habrá que revisar con cuidado el texto que se sigue, evitar repeticiones, darle relieve a los personajes principales, enfatizar sus momentos más importantes de tal manera que sin perder dramatismo y teatralidad, envíe un mensaje que deje huella. En concreto, el personaje de Jesús ha de aparecer sereno, vigoroso y con el reflejo de una vida interior intensa.

Veo también el novenario de la Asunción. El sentido religioso se ve interferido por la llamada “feria del elote” de cuyos resultados para la mejoría cultural o económica del pueblo no conocemos cifras ni vemos huellas en el mejoramiento del pueblo. Tomaré la iniciativa y espero ser secundado como en el caso del Viernes Santo, de que esa “feria” no ocupe el espacio de la plaza municipal. Su transformación en cantina a cielo abierto es en sí misma escandalosa y no solamente contradictoria a la razón tradicional de la celebración de esos días, la veneración de la Virgen, sino al sentido común de un “pueblo mágico” que atraiga un turismo distinto al que busca “diversión” en los excesos o a algunos “hijos ausentes” que no consideran suficientemente sus responsabilidades de personas adultas y no pocas veces cabezas de familia.

Esta noche he intentado expresar en voz alta algunas razones para dar gracias y para pedir luz a Dios para continuar en la vida, sobre todo en sus aspectos comunitarios.

Jala es apenas un pequeño punto en la geografía de Nayarit, de México y del mundo. Belén también era un pequeño punto en la geografía de Judea. Pero en su parroquia, que está formada no por las piedras de sus templos sino por los católicos que vivimos aquí y en la comunidad de Coapan, está la Iglesia entera, la que fundó Cristo y desde Palestina se difundió por el mundo, pues la parroquia es “[...] la comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuyo cuidado pastoral, bajo la autoridad del obispo diocesano, se encomienda a un párroco como su pastor propio.”⁷

Ningún lugar por pequeño que sea ni persona alguna y menos quienes somos cristianos, podemos hacernos a un lado frente a lo que pasa en el mundo, ante lo que no debemos ser sólo espectadores y menos aún víctimas, sino personas conscientes de lo que pasa, de aquello por lo que podemos hacer oración y de lo que podemos hacer. En el más pequeño de los lugares está, después de la Encarnación del Verbo, esa presencia suya que nos permite afirmar con la humildad de la verdad lo que expresó San Juan en su primera carta: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos...eso les anunciamos para que también ustedes estén en comunión con nosotros...Les escribimos estas cosas para que su alegría sea completa.” (1Jn 1. 3.4).

El final de un año es especialmente propicio para intentar hacer un balance de lo vivido no sólo en el estrecho espacio de cada uno o en el pequeño de la familia, los amigos o los vecinos y para presentar a Jesucristo patente en el Santísimo Sacramento “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias” del paso del tiempo sobre la humanidad, la Iglesia universal, nuestra patria y el lugar donde la Providencia nos ha puesto para vivir y trazar el camino del amor a Dios y al prójimo.

⁷ Código de Derecho Canónico, canon 515, 1.